

COMO ME HICE MÍSTICO

A Camille Flammarion

Muchos escritores independientes, algunos filósofos y algunos cronistas, han preguntado frecuentemente cómo era posible que algunos jóvenes educados en los principios de la «sana raza», al abrigo «de la superstición», abandonaban de pronto esas enseñanzas positivas para lanzarse a los estudios místicos e interesarse en los problemas religiosos y filosóficos más que en las evoluciones políticas, llevando su extravagancia hasta las investigaciones sobre las ciencias ocultas y la Magia, denotando, si no una aberración total, al menos cierta debilidad de sus facultades mentales.

Este movimiento hacia el misticismo de la juventud contemporánea inquieta a los hombres maduros y desconcierta sus esperanzas.

¿Se quiere permitir a un antiguo partidario de las doctrinas materialistas, a un médico educado en los principios queridos del positivismo, referir algunos detalles de su evolución intelectual, y mostrar al menos un caso de esa extraña intoxicación mística, vivida desde su origen hasta la crisis aguda?

Si los filósofos no se interesan en esta observación, quizás aproveche a los alienistas, puestos que se ha convenido en ciertos medios en considerar a todos los espiritualistas como degenerados o enajenados por lo menos.

Es la primera vez que abordo mi autobiografía intelectual y 310 me esforzaré en ser lo más conciso posible.

Así prevengo en principio a todos los correligionarios que puedan ser llamados a seguir mi observación de que yo jamás estuve en contacto con profesores religiosos; advierto también que, por el contrario, todos mis estudios, a partir de la primera enseñanza hasta el doctorado en la Facultad de Medicina, pasando por todos, tanto certificados de primeras letras, certificado de Gramática y todos los demás, me fueron otorgados en escuelas laicas o en el colegio Rollin.

Así, pues, no se puede hablar, de predisposiciones creadas por las enseñanzas de la infancia. En 1882 comencé mis estudios de medicina y me encontré que en la Escuela de París, todas las cátedras estaban ocupadas por materialistas que enseñaban las doctrinas que constituían su credo, bajo la etiqueta de evolucionismo.

Como consecuencia, yo me hice un ardiente «evolucionista», participando y propagando de la mejor buena fe el credo materialista, Y cierto es que existe una fe materialista, que yo creo necesaria a toda inteligencia que trata de evolucionar en

determinado momento.

El materialismo que nos enseña a trabajar por la colectividad sin esperanza alguna de recompensa, ya que sólo el recuerdo de vuestra personalidad es lo que puede subsistir detrás de vosotros; esta doctrina que deseca el corazón y enseña a no considerar más que a los fuertes en la lucha por la vida, tiene, no obstante, una poderosa influencia sobre la razón y ésta retiene un poco sus violencias y sus peligros.

Bien sabemos las ventajas que el materialismo supo sacar de la doctrina de la evolución, y a pesar de ello, mi estudio profundo de la evolución es el que hubo de demostrarme la debilidad de las teorías del materialismo y sus errores de interpretación.

Se me dijo: «Estas sales minerales y esta tierra, lentamente descompuestas y asimiladas por la raíz del vegetal, tienden a evolucionar y convertirse en células del vegetal.

Ese vegetal, a su vez, transformado por las secreciones y los fermentos del estómago del animal, se convertirá en kilo y se transformará en células de ese animal».

Pero pronto la reflexión me hizo comprender que se olvidaban en la doctrina uno de los factores más importantes del problema a resolver.

Sí; el vegetal digerido se convierte en la base material de una 311 célula animal, pero a condición de que la sangre y la fuera nerviosa (es decir, las fuerzas superiores en la escala de la evolución), se sacrifiquen por la evolución de la célula vegetal y de su transformación en kilo. En suma, todo superpuesto en la serie, toda evolución reclama el sacrificio de una y frecuentemente de dos fuerzas superiores.

La doctrina de la evolución es incompleta.

No representa más que uno de los aspectos del hecho y descuida el otro pone a la vista la ley de la lucha por la vida, pero olvida la ley del sacrificio que domina todos los fenómenos.

Poseso de esta idea que acabo de exponer, resolví profundizar cuanto me fuera posible en mi descubrimiento y persiguiendo este fin, pasé los días en la Biblioteca nacional.

Por entonces, era alumno externo de los hospitales; un año de trabajo, a lo sumo dos, me eran precisos para lograr ser interno y conseguir que quizá fuese, de este modo, fructuosa mi carrera de médico.

Me consagré por entero al estudio de las obras de los alquimistas, de los viejos grimorios mágicos y de los elementos de la lengua hebraica.

Durante estos años, mis compañeros se dedicaron al estudio de lo tratados de la facultad; desde este momento se vislumbró claramente mi porvenir.

El descubrimiento que yo creí haber hecho lo hallé en las obras de Luis

Lucas; luego en los textos herméticos, y por fin, en las tradiciones indias y en la Cábala hebraica.

Sólo el lenguaje era distinto; donde nosotros escribimos HCL, los alquimistas dibujaban un león verde, y donde nosotros escribimos: los alquimistas dibujaban un guerrero (Marte, el Hierro), devorado por el león verde (el ácido).

En algunos meses, esos famosos grimorios enrame tan fáciles, en su lectura, que las obras, bastante más obscuras, de los pedantes químicos contemporáneos.

Cuanto más me adiestraba en el manejo de este maravilloso 312 método analógico, tan poco conocido de los filósofos modernos, más claro aparecía a mis ojos la síntesis común de todas las ciencias, demostrándonos que los antiguos han sido vilmente calumniados, en el aspecto científico, por una incalificable ignorancia histórica de los profesores de ciencias de nuestros días.

* * *

Estudiando los libros herméticos, tuve las primeras revelaciones de un principio de acción en el ser humano, por el que nos es fácil comprender todos los fenómenos hipnóticos y espiritistas.

Había aprendido en la Escuela de medicina que toda enfermedad corresponde a una lesión celular y que ninguna función puede realizarse sin un trabajo celular. Todos los fenómenos psíquicos, todos los hechos de volición e ideación, todos los hechos de memoria, corresponden a un trabajo de ciertas células nerviosas, y la moral, las ideas de Dios y del Bien, era el resultado mecánico producido por los efectos de la herencia o del medio sobre la evolución de las células nerviosas.

En cuanto a los filósofos llamados «espiritualistas» y a los «teólogos», debían ser considerados, sea como gentes ignaras, desconocedoras de la anatomía y de la fisiología, o bien como perturbados, más o menos enfermos, según los casos.

Un libro de fisiología carecía de valor si no estaba escrito por un médico, y si este médico no pertenecía a la Escuela de las gentes «instruidas» y razonables, es decir, a la escuela materialista oficial.

Y se les solía decir a los ingenuos que creían de buena fe en el alma, que «el alma jamás había sido hallada bajo su escarpelo».

He aquí en pocas palabras el resumen de las opiniones fisiológicas que se nos enseñaba.

Yo tuve siempre la peligrosa manía de no aceptar una idea sino después de haberla estudiado por mí mismo bajo todos sus aspectos.

Deslumbrado al principio por la enseñanza de la Facultad, compartí, como dije al principio, sus doctrinas, pero poco a poco fueron surgiendo dudas que yo

trataba de aclarar.

La Facultad nos enseñaba que no se llevase a cabo nada sin 313 poner en juego la mayor cantidad posible de órganos, porque la división del trabajo se establece mejor en el organismo.

Así, cuando se incendió el HOTEL-DIEU; tuvimos ocasión de ver paráliticos cuyas piernas estaban completamente atrofiadas y cuyos nervios habían perdido completamente su condición de órganos, recobrar, de pronto, el uso de sus miembros, hasta ese momento inútiles. Pero esto aún solo podía ser un débil argumento.

Las experiencias de Flourens demostraron que nuestras células se renovaban todas en un espacio de tiempo que para el hombre no excedía de tres años.

Cuando yo veía a un amigo tras un Interregno de tres años, ya en mi amigo no había ninguna de las células materiales que antes tenía, y no obstante las formas del cuerpo se conservaban tanto que los rasgos que me permitían distinguir a mis amigos de las demás personas, permanecían.

¿Cuál era, pues, el órgano que presidía esta conservación de las formas, así que ningún órgano de su cuerpo escapaban a esa ley de renovación descrita por Flourens?

Este argumento es uno de los que más me inquietaron. Pero iremos aún más lejos.

Claudio Bernard estudiando las relaciones de la actividad cerebral con la producción de la idea, dedujo que el nacimiento de cada idea provocaba la muerte de una o varias células nerviosas, aunque esas famosas células nerviosas, que eran y son aún el baluarte de la argumentación de los materialistas, después de largas investigaciones vuelven a su verdadero papel, que es el de instrumentos y no el de agentes productores la célula nerviosa es el medio de manifestación de la idea y no puede, de ningún modo, generar por sí misma esta idea.

Todas las células del ser humano son reemplazadas en un tiempo determinado.

Así, cuando rememoro un hecho ocurrido hace años antes, la célula nerviosa que en aquella época hubo registrado este hecho ha sido reemplazada, ciento, mil veces, y si esto es así, ¿cómo el recuerdo del hecho se ha conservado intacto a través de esa hecatombe celular? ¿A qué queda reducida la teoría de la célula generatriz?

Y hasta esos elementos nerviosos a los que se hizo juzgar tan importante papel en los actos del movimiento, son tan indispensables a ese movimiento, que, como la embriología nos enseña, el grupo de células embrionarias que más tarde ha de constituir el corazón, late rítmicamente cuando aún los elementos nerviosos del corazón no se hallan constituidos.

Estos pocos ejemplos tomados al azar entre una gran cantidad de hechos, me

condujeron a constatar que hasta aquel momento el materialismo conducía a sus adeptos por un falso camino, confundiendo al instrumento inerte con el efectivo agente de acción.

La prueba de que el centro nervioso fabrica la idea -nos dice el materialismo- está en que toda lesión del centro nervioso repercute sobre los hechos de ideación y si una lesión se produce en la tercera circunvolución frontal izquierda, provocará una afasia y esta afasia será de un carácter particular, según el grupo de células nerviosas atacado por la lesión.

Este razonamiento es, sencillamente, absurdo, y para demostrarlo vamos a aplicar iguales razonamientos a cualquier hecho; por ejemplo, al telégrafo:

La prueba de que el aparato telegráfico fabrica el despacho es que toda lesión del aparato telegráfico repercute en la transmisión del despacho, y si se corta el hilo telegráfico el telegrama no podrá circular.

He aquí el valor de los razonamientos materialistas: Se olvidan del telegrafista, o hacen como que ignoran su existencia.

El cerebro es respecto de un principio espiritual que en nosotros existe, exactamente igual a lo que es el aparato transmisor al telégrafo. La comparación es ya vieja, pero siempre es excelente.

El materialista viene a decirnos: «Supongamos que el telegrafista no existe, y razonemos como si no existiera».

Sentado esto, hace una afirmación dogmática: «El trasmisor telegráfico marcha solo y produce el despacho después de una serie de movimientos mecánicos provocados por los reflejos».

Sentada esta afirmación el resto va solo, y el materialista concluye alegremente por demostrarse que el alma no existe y que el cerebro por sí mismo produce las ideas, como el aparato telegráfico produce el telegrama.

No ataquéis a este razonamiento: es un dogma positivista tan sectariamente definido y 315 enseñado como cualquier dogma religioso.

Yo sé cuánto me ha costado el descubrimiento de la vacuidad de tales razonamientos.

He sido acusado de superchería porque se ha supuesto que, un materialista que se convierte en místico, no puede ser más que un embaucador o un loco.

Sólo me queda darles las gracias a mis adversarios, por tales conceptos, pero sigamos.

Del mismo modo que podemos constatar que las células materiales del cuerpo son simplemente los útiles de alguna cosa que conserva la forma del cuerpo a través de las desapariciones de esas células, podemos ver también cómo los centros nerviosos no son más que instrumentos de alguna cosa que utiliza esos centros como instrumentos de acción o de recepción.

El anatomista armado de su escalpelo nunca descubrirá el alma, disecando cadáveres, como tampoco un mecánico armado de sus pinzas podrá nunca descubrir al telegrafista desmontando un aparato telegráfico, o al pianista desmontando un piano.

Me parece inútil seguir demostrando la vacuidad de tales ideas, que diariamente oponen los llamados filósofos positivistas, a sus adversarios.

Antes de terminar estas líneas deseo llamar la atención de los lectores sobre dos «trucos» de razonamiento, utilizados por los materialistas en las discusiones, y de los cuales echan mano generosamente en cuanto se sienten inferiores en la controversia.

El primer «truco» consiste en indicar al ingenuo adversario, como documentación, «Ciencias especiales y memorias obscuras » que se suponen desconocidas del contrincante.

¿Cómo osa usted, señor, hablar de las funciones cerebrales, e ignora usted la cristalografía? ¿Se atreve usted a abordar estas cuestiones y no ha leído usted la última memoria de M. Tartempion sobre las funciones cerebrales del hombre de la edad terciaria y del pez rojo?

Vaya usted a la escuela, caballero, y no vuelva usted a discutir conmigo en tanto no sepa los elementos de la cuestión que trata de abordar.

Estos señores, que de tal modo se conducen, por lo general, son alumnos brillantes de la Facultad de Medicina, que sólo 316 conocen de la psicología y de la filosofía el nombre... ¡y gracias!

El segundo «truco» consiste en anonadarnos con el ridículo, por haber tenido la audacia de emitir una «opción» contraria a las ideas sustentadas por M.X. quien-suelen decir- tiene más títulos que nosotros.

¿Cómo es posible! Usted es un simple doctor en medicina, y trata usted ya de discutir las opiniones de M.O... Catedrático auxiliar, o de M.Z... ilustre profesor.

¡Primero sea usted lo que ellos son, y después, ya veremos! Todo esto no son más que salida de tono, pero empleadas con tanta frecuencia, que se han utilizado recientemente con B. de Brunetiére, quien osó hablar de CIENCIA, él que ni siquiera era médico... ¡¡¡Horror!!!

Y cuando se es médico, hace falta ser auxiliar; y cuando se es auxiliar, es preciso ser catedrático; y cuando se es catedrático, académico; y cuando un miembro de la Academia de Ciencias, se atreve a afirmar su fe en Dios y en la inmortalidad del alma, como lo hizo Pasteur, suele decirse que es viejo y que sólo la decrepitud puede inspirar tales doctrinas.

Tales son los fuegos del artificio de que se valen los materialistas, pero basta conocerles para relegarlos a su justo valor.

Tampoco sería justo decir que la fe es una gracia especial concedida a algunas

criaturas; estoy persuadido, desde lo que yo llamaría mi evolución personal, de que la fe se adquiere con el estudio, como todo lo demás.

Pero el tránsito materialista tiene, no obstante, una gran importancia; permite abordar la psicología, existe un principio intermediario encargado de establecer las relaciones entre los dos extremos y que está fuera del dominio de la fisiología.

Este principio, conocido hoy con el nombre de vida orgánica y que ejerce su acción exclusivamente sobre sus órganos de fibra lisa, por el intermediario del nervio gran simpático, tiene, a mi juicio, una existencia bien definida y no niega nada de las deducciones metafísicas.

Los antiguos herméticos llamaban a este principio, cuerpo o formador, cuerpo astral, y a él es al que se le atribuían la conservación y sostenimiento de las formas del organismo.

Así, puedo decir que el estudio de ese cuerpo astral que yo he proseguido hasta hace unos diez años, me permite dar una 317 explicación muy científica de esos extraños fenómenos hipnóticos y espiritistas que tanto desconciertan en la actualidad a algunos profesores de la Facultad de París.

Además, un serio examen de todas las teorías expuestas, para explicar esos hechos, me permiten afirmar que la teoría del hermetismo sobre la constitución del hombre, teoría que no ha variado desde la XVIII dinastía egipcia, o sea desde hace treinta y seis siglos, es la única que de una manera lógica y satisfactoria explica todos los hechos observados.

Podemos también abordar el problema de la muerte y el de la supervivencia de la personalidad al otro lado de la tumba, y este estudio debe tener bastante interés, puesto que muchos «jóvenes» contemporáneos, pertenecientes a la intelectualidad, prefieren estas investigaciones a las carnicerías de la política y a la lucha de los partidos.

En otra ocasión hablaré de mi vida esotérica.

Por el momento, sólo he deseado simplemente presentar al lector el camino seguido esotéricamente, desde mis convicciones materialistas hasta mis estudios místicos actuales.

